

circula el devenir de torturadas savias. O la morada silenciosa cuyos finos vitrales golpean vientos embozados.

Atemperan esta impresión inconfortable, ciertos acentos ligeros, la manera del cantar, síntesis nostálgicas, evocaciones sentimentales de la tierra nativa.

Intentamos una versión:

«Hoy aquí en tierras de Francia,
quizá muy lejos después.
No moriré de añoranzas:
de añoranzas viviré».

* * *

«En mi tierra del Vallés
tres cimas son una sierra;
cuatro pinos, bosque espeso;
cinco hectáreas, mucha tierra.
¡No hay nada como el Vallés!

La fuerza de este libro está, por cierto, en lo otro: en lo hondo, en lo amargo, en lo ceñido. De ello hará la crítica de exégesis que merece. Y ella será la afirmación de los valores de un gran poeta.—JERONIMO LAGOS LISBOA.



<https://doi.org/10.29393/At274-23FQGS10023>

FILOSOFÍA DEL QUIJOTE, por *Mario Osses*.— (Editorial Nascimento, 1947)

Dos Conferencias notables fueron dictadas en conmemoración del Cuarto Centenario del natalicio del Príncipe de las letras castellanas: la del catedrático español Eleazar Huerta y la del profesor chileno Mario Osses. El primero, en disertación

tan elegante y suelta en la forma como rica y aguda en el fondo. ¡Lástima que no se haya hecho de ella versión taquigráfica! El segundo, en la enjundiosa e insólita conferencia de que entramos a ocuparnos. La diligencia editorial de Nascimento la ha puesto a circular en pulcro volumen.

Filosofía del Quijote es un logrado intento de actualizar inéditas significaciones del monumental humanitarismo cervantino. En sus páginas campea firme palpitación estimativa, que nos enfrenta a dimensiones no sospechadas o no subrayadas por las exégesis ya copiosísimas del Quijote. La razón de ese aspecto se funda en que se ha hecho caudal de las modernas nociones filosóficas y culturales, aplicándolas en toda la amplitud y profundidad de sus consecuencias. Mario Osses ha exprimido de la obra secularmente famosa un zumo paradigmático vivo y actuante, gracias al empleo riguroso y metódico que de sí le ha prestado un saber de alta y bien estructurada prosapia. Por ello, este Ensayo es cifra compendiada e intensa que nos denuncia con penetración certera—subsumida en óleos de castigada responsabilidad intelectual—reconditeces y conexiones dinámicas muy al día entre la creación manchega y las inquietudes del hombre contemporáneo nuestro. Esto se ha conseguido a base de un audaz, vigoroso, sostenido balance de múltiples latitudes en el edificio de la cultura: ya viniendo desde la remota perspectiva de los siglos hasta el hoy de fisonomía punctiforme, ya yendo desde las urgencias cargadas de velocidad que nos circundan hasta las pulsaciones vitales sublimadas en la peculiar morosidad de la leyenda.

De aquí el perfil de hazaña y de breviario que acopia esta conferencia de Mario Osses. Reseñar sus rasgos es acto inexcusable.

En el primer capítulo se nos pone a la vista el bosquejo histórico, político y social de España: las fuerzas de ascenso y descenso que alcanzara a vivir y pulsar Cervantes, trasmutadas en su experiencia de hombre y de artista. Pero en una síntesis

reducida únicamente a fibras descarnadísimas e interpretadas desde ángulos que revelan una no usual palpitación hispánica. Osses acepta en ella la escasa aptitud para los menesteres científicos y técnicos, que tal vez corresponde a una manera peculiar y desdeñosa ante esos predios de la cultura. Mas, tratándose del quehacer filosófico (donde también suele aceptarse una acentuada minusvalía española), el autor opone un NO rotundo. Pues, si no se da un pensar de carácter técnico-profesional en filosofía, compendiado en textos de su género exclusivo, es innegable su sedimentación en la obra de los grandes maestros del Siglo de Oro. Constituyen paradigmas de ello composiciones poéticas de Fray Luis de León, concepciones y desarrollos novelísticos de Miguel de Cervantes y escenas e interpretaciones teatrales yacentes en dramas de Don Pedro Calderón de la Barca. Todos tres, cumbres efectivas en sus respectivos menesteres literarios, rezuman actitudes y nociones bebidas en las fuentes de la filosofía platónico-cristiana, cuya aceptación de un mundo sensible y otro suprasensible—en los cuales peregrina y florece la dignidad humana—finca en los recodos culminantes de la poesía, la novela y el drama que cultivan. Mario Osses prueba su acerto en digresión que hemos de reconocer como magistral. Pertenece al tipo de las que pueden realizarse solamente cuando se tiene no ya el simple dominio, sino la vivencia activa del pensamiento filosófico. Por esto mismo, la primera noticia que el autor nos apunta en su calibración del Quijote, en medio de la filosofía de estirpe platónico-cristiana, se compendia en la cifra dialéctica de «lo que es» en angustiada y heroica batalla hacia «lo que debe ser», en ese agónico vuelco vital que busca la subordinación absoluta e indiscutida de la parca realidad a la plena idealidad. Don Quijote no es caballero: es el arquetipo de los caballeros.

En la segunda parte del Ensayo, desata Osses sus capacidades de diestro escritor y de certero buceador en las desatendidas similitudes complementarias que orquestan—en poderosa

sinfonía cultural—las egregias personalidades de Sócrates, Cristo y Don Quijote. El paralelo que de sus individualidades se hace, nos los revela tanto en parentescos accidentales de la vida cotidiana, como en hondas coincidencias significativas de su raza, su tiempo y su civilización. El detalle al parecer nimio y el acto de mayor reciedumbre se conjúgan en ellos para encarnar un alto guarismo de humanidad. En sus destinos hay episodios cuya naturaleza los aproxima e identifica en el rango de insustituíbles troqueles del alma de Occidente.

Mario Osses los filia con destreza ejemplar: una cinta de matices y de conexiones existenciales se desenvuelve al conjuero de sus indicaciones. Así, la trayectoria y significado perdurables de Sócrates, Cristo y Don Quijote, penetran en nuestra conciencia hermanados por aspectos que de pronto se nos ofrecen en aguda proyección intelectual. Cada uno cumple su itinerario rebosante de pasión, de sacrificio, de entusiasmo, por ideales que trascienden el marco establecido y estrecho que su circunstancia histórico-social les ofreciera. Inteligencia y pensamiento es el tono de Sócrates; piedad y santidad, el de Cristo; dignidad y heroísmo, el de Don Quijote.

A trueque de dilatar estas notas, pero a fin de ilustrar a los lectores sobre la manera cómo lleva Osses su fecundo paralelismo contrapuntístico—de concentrada e impetuosa sustantividad—reproducimos un fragmento de esta parte de *Filosofía del Quijote*:

«Sócrates, Cristo y Don Quijote se sacrifican a la comunidad. El primero persigue la justicia o armonía social mediante la ciencia: ¿Cómo conociendo el Bien podría dejar de practicársele?; el segundo, por el amor o caridad; el tercero, por la acción. En Sócrates predomina la inteligencia, y es más sabio; en Cristo, el sentimiento, y es más santo; en Don Quijote la voluntad, y es más héroe: Grecia, Palestina y España son los vértices de la cultura occidental, cuyos supremos valores determinan al sabio, al santo y al héroe» (pág. 23).

Esta misma se aplica para indicar las alegrías y las penas, los fracasos y los triunfos, las abstracciones y actuaciones, los errores y los aciertos, en suma, la epopeya completa de las belicosas existencias de los protagonistas comparados. Para nuestro gusto y nuestro juicio, las páginas en que tal técnica se emplea son las más bellas y más profundas del ensayo que examinamos: galanura idiomática, vigor dialéctico, densidad cultural, las nutren e impulsan con particular unción.

Llegamos a la tercera estancia de este ascado e inquieto volumen. El autor avizora en circuito panorámico la historia española y sus ligazones con los demás países. Se entiende en cuanto ellos poseen de radicalmente sustantivo e intransferible, a la vez que necesario y urgente para una firme, ponderada e intacta convivencia mundial. La historia de España y la de las restantes naciones no pueden permanecer ajenas al mensaje de humanidad expandida y liberada fluente en la creación cervantina. Ella—no debe olvidarse—es alcancía imponderable e inagotable de aspiraciones, necesidades y objetivaciones de la especie, que más o menos es capaz de operar con cierta destreza en peldaños ascensionales de la cultura: nacidos de su propio esfuerzo y a instancias de afanes y desvelos siempre renovados.

Mario Osses acepta la ejemplaridad quijotesca rectificadas por imperativos que posibiliten su total maduración: la potencia ensoñadora de categoría trascendente armonizada con los medios que la establezcan de verdad en el mundo. Por ello, subraya en Don Quijote elementos con los cuales el hombre ha de escapar a las mutilaciones de utilitarismos y practicismos que están a punto de convertirlo en simple utensilio de sus mismas realizaciones. El mandato de dirigir al hombre en la finalidad suprema es el centro de su tesis, extraída de las entrañas cálidas e impercederas que se ofrecen estremecidas de generosidad en los capítulos monumentales de Cervantes.

En esta virtud, Mario Osses plantea la actualísima urgencia de erigir en dechado el sentido medular del Quijote: íntegra

afirmación de la personalidad humana en sus atributos inalienables, pero... servida y asistida por el concurso de la ciencia y de la técnica. Para el autor es tan importante entonar la perspectiva quijotesca como poner en su sitio a las dos disciplinas culturales citadas, que algunos elevan por sobre la índole de sí mismos y de medios tienden a transformarlos en fines.

Filosofía del Quijote obliga a una lectura alerta y militante. De continuo uno ha de trenzarse en abierta controversia con los postulados ahí expuestos. Creemos sea ello mérito superior. Si alguien desea mostrar otra cara de esta explosiva medalla filosófica, tendríamos mucho gusto en llevarle el contrapunto, sin perjuicio de nuestras diferencias respecto a tal o cual afirmación de Mario Osses.—GERMÁN SEPÚLVEDA.



«ROBLE HUACHO», de *Daniel Belmar*. (Cultura, 1947).

El magro año literario de 1947, en cuyo transcurso publicáronse obras tan terrestres como «Pedro Urdemales», o tan etéreas como «Extraño Estío», finalizó imprevistamente con «Roble Huacho», que se ubica con justeza en la altura que le corresponde estar según un normal desarrollo a la moderna novelística chilena.

«Roble Huacho» es el nombre de un pequeño pueblo del sur. Y Daniel Belmar ha compuesto todo un contrapunto con las vidas entremezcladas de sus habitantes, prontuariano a no menos de una docena de ellos conforme a las características dables por la raza, el clima y la estructura social.

La novela está escrita en primera persona por un farmacéutico sentimental, soñador y excesivamente pobre para ser dueño de botica. El empieza narrando la trayectoria gris de los habitantes del pueblo; pero después, imprevistamente, y también un poco milagrosamente, el relato continúa en tercera